

Dichosa tú, que has creído

Fernando Torre, msp.

«¡Dichosa tú, que has creído!» (Lc 1,45), le dice de manera espontánea a María su prima Isabel. Esta alabanza no es exclusiva de la Virgen María; también tú, yo y todos los que tenemos el privilegio de creer en Dios somos dichosos.

Lamentablemente, muchas personas aún no creen, pues no han tenido la oportunidad de escuchar la Buena Noticia de Jesucristo ni de encontrarse con el Dios bueno que las ama. «¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique?» (Rm 10,14).

Otras, aunque hayan escuchado el Evangelio y hayan tenido diversos contactos con la Iglesia o con algunos creyentes, no creen. Tal vez han endurecido su corazón (cf. Sal 95,8), o quizá, aunque les gustaría creer, hay algo –desconocido para ellas y para nosotros– que las mantiene alejadas de la fe.

Y otras personas, que en un tiempo fueron discípulas de Jesucristo, han dejado de creer. Puede ser que hayan perdido la fe por su culpa, pero también es posible que se hayan alejado de la Iglesia y renegado de Dios a causa del anti testimonio de los que nos llamamos cristianos.

Quienes tenemos el privilegio de creer en Dios, no podemos disfrutar egoístamente ese tesoro; nos duele y nos entristece que haya personas que no creen. Por eso, la misma fe nos hace salir de nuestro egoísmo y comodidad y nos lanza a proclamar el Evangelio de Jesucristo «hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8); nos impulsa a orar sin descanso, pidiendo para otros el don de la fe; nos exige coherencia entre fe y vida, a fin de ser sacramentos vivos de Jesucristo para los demás.

María de Nazaret es nuestro modelo «en la peregrinación de la fe» (LG 58). Al igual que ella, somos dichosos por haber creído. Nuestro anhelo más profundo es que muchas personas más, que todo mundo tenga la dicha de creer en Dios.